

LA OFERTA

Por favor, no me diga usted que esto es un caballo; cuánto más, un penco salvado del matarife, al que le han puesto ustedes unos sonoros cascabeles para darle más aire a la cosa. ¡Para que nos quedemos, los pobres idiotas, como alelados ante lo salvaje!

Mire usted, estoy de todo este asunto hasta las narices. Pero ¿ustedes creen que este caso-rón destartado es un auténtico "saloon" del oeste? Ni a oscuras podría colocarme este viejo pajar como lugar de cita de los vaqueros de la historia. ¡A este tinglado de estanterías se le va la larga que están sujetas con alambres y que al menor soplo dan en tierra, botellas incluidas, llenas de este mejuque que ustedes llaman whisky pero que no es más que un caldo de coca-cola con unas gotas de aguardiente.

Mire usted, a mí no me toma el pelo cualquier mochales. Porque esto es una parodia de lo que están ofreciendo en sus estupendos catálogos de viajes. A otros con el camello. Porque esta presentación que nos están ofreciendo del viejo oeste les parecerá a ustedes extraordinaria, pero es de consumo para imbéciles. No basta con que uno quiera salir de su vida monótona de la ciudad para tragarse este invento del salvaje oeste. Podrán engañar a otros, pero no a mí. Porque munda es como es, y la madre que me parió me hizo con las agallas puestas. Y es por esto que ni me chupo el dedo ni voy a chupármelo por esta extravagante mezcla de teatro y aventuras. ¡Soy muy hombre, yo, para tragarme tanta patraña sin darle un grito al cielo!

Yo me apunté a esta excursión para conocer el salvaje oeste y no esta caricatura al aire libre que se han montado ustedes, para engatusar el dinero de los bobalicones.

Porque ¡dígame usted! ¿Dónde están las vacas? No me hará creer usted que estos cuatro malolientes corcieros son lo que queda de ellas. Ni que este chicarrón con cara de cuáquero es un salteador de caminos, o un salteador de bancos. Porque, aunque tiene cara de sanguinario, ese no ha matado jamás ni una mosca. ¡Pero sí se le ve en la cara que es un pobre campesino haciendo horas extras! ¡Sí se le caen las cartucheras y las pistolas de puro no saber llevarlas! ¡Sí cuando le pregunté cuántas muscas tenía su revólver, por poco se cae al suelo de pura ignorancia! ¿Y las serpientes? ¿Es que ya no quedan? Porque este cable que mueven con la ayuda de un cordel puede engañar a muchos, pero no a mí. Porque una serpiente que se precise se mueve con más agilidad, y se enrosca con sólo oír el rumor del viento. Pero claro, ustedes confían que nadie quiera ver a estos bichejos y nadie comprueba que son unas serpientes de juguete, con plástico coreano. Y es por esto que la falta de serpientes es una demostración más de que todo este salvaje oeste que ofrecen en catálogo es pura mentira. Y yo voy descubriendo el juego y poco a poco se me sube a las narices tanto engaño. ¡Venir yo desde cinco mil kilómetros, para encontrarme con ese timo es tener mucha cara! Porque yo he venido a gozar del salvaje oeste, que ustedes ofrecen. Y quiero ver ese desierto bien desierto, y una buena pelaya de vaqueros, rompiendo botellas, lámparas y sillas, una verdadera batalla de valientes, con algún que otro muerto. Y quiero ver la bailarina que en principio parece puta y que al final de la historia lo es de verdad, una bailarina con quien tener un romance loco, para llevarla tras la grupa del caballo hacia una vida de regeneración maravillosa, y no ver a esta medio tuerta que alquilan por horas y que se viste con este can can, de percal apenas, para mostrar unas piernas tan gordas como las de los cerdos. Unas piernas que más alejan que atraen.

Estoy dispuesto a confesar mi error: creer en ustedes tan ciega, tan locamente, para haberme tragado el anzuelo. Porque, por lo que estoy viendo no me toparé con Buch Jones o Búfalo Bill, que ni existen ni existieron jamás, porque son una creación de la calenturienta imaginación de los del cine. Estoy en que se hayan inventado estos pocos personajes de leyenda, ¡pero que no existan indios, en esto no paso! ¡Esto sobrepasa cualquier engaño! Porque los indios, por lo que parece, ni los han tenido ustedes ni han sabido inventarlos como es debido! Y aunque nos digan que por estas tierras fueron famosos los caras negras o los pies planos, esto no se lo creen ni ustedes!

El engaño es demasiado evidente para que un hombre como yo se lo trague sin masticar. ¡Un ambolado así no entra por el gañote! ¡Ni del gañote de un gigante! ¡Y yo no soy un gigante para tragarme semejante bola! ¡Y quiero decirles que todo esto va a costarles un poco de sangre! ¡Y un poco de muerte!

A ustedes les ha sido fácil ganarse la voluntad de los ilusos, entre los que me cuento. Ustedes saben que las personas como yo, que somos pobres de imaginación, corremos tras la aventura y les ha sido todavía más fácil dar con un engaño para que nos mameemos el dedo. Y no les importa saber si para conocer este salvaje oeste uno se ha tenido que pasar muchos días sin comer lo suficiente, guardando moneda a moneda. A ustedes les ha bastado contratar un viejo avión, llevarnos por el aire a este rincón de América y preparar un poco de cine, para que nosotros, los ilusos, caigamos entusiasmados. Para decirnos, esto es lo que buscan y eso les damos, aunque este salvaje oeste no tenga de salvaje ni el soplo corrompido del aire que ofrece su desierto. Porque de bandidos o de serpientes o de pieles rojas, nada. Esos indios, cuarteados por el sol, son pura invención. Este salvaje oeste sólo es salvaje en la forma que nosotros mismos lo hemos querido y si alguien quiere que el cielo sea azul y puro, basta con soñarlos así. Ustedes venden este mal producto sin sus bandidos de barbas nebulosas, sin los indios de ojos torcidos, sin chicas complacientes ni barman medio sarasas. Aquí no hay nada de esto. Ni indios filosofoando sobre las grandes praderas, ni estampidas, ni muchachas de alegres costumbres. Porque lo único que veo es esta miserable casucha con aires guñolescos, con un barman aburrido de tanto servir lo mismo, de tanto ver la misma clase de gente, las mismas sonrisas de conejo, el mismo caos. ¡Para esto he soñado yo tantos años! ¿Para esto guardé tanto dinero? ¿Para esto

perdí mis horas de las noches, estudiando esas mierdas de lenguas, para entender mejor las cosas de su historia? ¡Yo no paso por aquí! ¡Yo quiero ver correr las diligencias, escuchar el galope de los caballos de los sioux y hundir mis manos en la sangre de los bandidos!

¡Y les digo, señores, que voy a llevar mi protesta al mismo Congreso, si no acaban antes conmigo! Les miro a la cara y entre los organizadores se dicen que estoy loco y que me dejen con mi locura y que me busque yo solito las emociones que en este salvaje oeste no consigo encontrar.

Yo no sé si estoy loco o no, pero al verme vestido tan ridículamente con este vestido que me han dado, con mis pistolas al cinto, mi grasiento sombrero y mi penco para trotar los caminos, digo la cosa no va a terminar nada bien, porque a mí no se me toma el pelo así como así. Que engañen a otros, vaya con su costumbre, pero no a mí. Pienso que engañar a los demás puede ser, en muchos casos, incluso saludable.

Les grito que quiero ver las vacas, vagabundos, cuatreros, indios, serpientes. Y que quiero ver, ante todo a Búfalo Bill y a las niñas del coro y a los cherifes valentones.

Pero me dicen que estos personajes pertenecen a otros tiempos, posiblemente al pasado siglo, porque no pueden asegurármelo ya que lo ignoran, pero que debo tranquilizarme.

¿Es, pues, una engaño? Ellos no dicen ni sí ni no. Se encogen de espaldas y se alejan de nuevo. ¡Y nada hay que me reviente más que el menoscabo de la gente para conmigo!

Y por esto les digo que va a empezar la balacera ¡Y a caer muertos por estos desolados lugares! Y tomo mis pistolas y aprieto los gatillos. Y suenan a hierro forjado, porque estas pistolas no llevan ni balas de fogueo. Y tomo mi cuchillo y lo hundo en sus miserables pechos. Pero el cuchillo no se hunde porque es de goma y se reviene como un flan. "¡Maldición—les grito! ¡De mis manos no saldrán vivos!". Y mientras les llamo maldicidos ellos me muestran sus lenguas y toman sus coches y me dejan solo en esta soledad.

Les veo huir como ratas asustadas, con todo el resto de los excursionistas que se marchan asustados al oír mi grito de rabia y de dolor, hirviendo de malas pasiones, con mi sangre aventurera presta a verter otras sangres.

¡Cuándo me los eche en cara me los como!

¡No saldrán con vida de mis manos!

—"Date, amigo—digo acariando al penco—. Vamos a tomar camino".

Y en esto estamos. Y desde que en esto estamos he asaltado a un par de indios pies negros, he abusado de una granjera y he atracado a un banco.

Lo que no he conseguido todavía ha sido encontrar un amor. Pero todo llegará. Así me lo ha prometido Tom Mix, con quien juego cada tarde una partida de póker, en el "saloon" de Río Bravo. Con Gary Cooper, atento a las trampas y a las pistolas, mascando el negro tabaco tumbón, con aquel rostro suyo tan siempre suyo, que algún día conseguiré imitar.

A TRAVÉS DE SUS DEDITOS

Tate, me dije, cuando llamó. Tate, este loco viene con malas intenciones. Pero como yo le amaba y a veces le veía distraído, me tomé la molestia de abrir la puerta. —"Hola, mi amor—, dijo él, a modo de saludo. Me miró ávidamente, como si acabase de conocerme. —"Pasa hombre, que no voy a comerte"—comenté. Él besó mi casta frente y dijo que íbamos a salir para dar un paseo. —"No disimules—dije—"Tú a lo que vienes es a aprovecharte de mí, ahora que estamos solos. Presiento que vas a lanzarte sobre mí, como un felino". Nos miramos fijamente. Sonreía, el muy ladrón. Y me tomó la mano. "No te pases, muchacho, que ahora me coges la mano para más tarde tomarte todas las libertades del mundo". Él no replicaba. "Tú lo que quieres, es deshonrarme"—continuó, un poco asustada. Me alejé de él para sentarme en un amplio sofá y él respondió que no iba a consentir que una mujer como yo gastase inútilmente mi existencia entre aquellas paredes. Siempre fui miedosa, yo, y por esto le pedí que se acercase. "Me cambio en un santiamén—dije. Quédate ahí, sin moverte. No me persigas hasta la habitación—le pedí. Le dejé cerca de la puerta de mi habitación, para verle, por esto del miedo que tengo de estar sola. Empecé a desnudarme: me saqué la finita camisa de seda, la combi, los zapatitos azules como agua de mar, las medias, las braguitas rosa, con puntillitas a lo parisién, los sujetadores. Me desnudé totalmente. Él se cubrió los ojos para que no le deslumbrara tanta belleza, pero me observaba a través de sus deditos. "Acércame el vestido que está sobre la sillita del comedor". Fue a buscar la prenda y al entregármela compró, sí que me encontraba en un serio peligro. Si él se abalanzaba sobre mí, ¿qué haría yo? Pienso cosas feas—le dije, al fin, enfadada—. —"¿Cómo qué?" "Tú sabrás. Ya eres hombre para saber qué cosas malas puedes pensar". ¿Qué cosas? insistió preguntando él—. "Montarme, por ejemplo—balbucí asustada. No dijo ni sí ni no, pero empezó a pensarlo. Le vi la mala intención reflejada en los ojos. "Todos los hombres sois iguales. La lujuria os ciega—comenté—. Y fue aquí cuando empezamos a tropezar y a los pocos segundos me di cuenta de que estaba debajo de su cuerpo. Él oía a sudor y yo pensé que era un olor muy desagradable. Empezó a desnudarse como pudo. Yo cerré los ojos, aterrada. Él jadeaba, se ahogaba y no conseguía completarse en mí. Tan confuso estaba que no podía abrirse camino fácilmente. Tan agobiado le vi que puse de mi parte para que consiguiese dar con la solución. Le acompañé con mis deditos angelicales. Y cuando supo que había conseguido el camino, abusando de mi ignorancia, me violó el muy cabro.

HOJAS LITERARIAS

publicación
de
narrativa
breve

enviar trabajos

(No se acusa recibo,
ni se duelen o
comentan originales)

•••

Director:

Julián Gustems

Santa Catalina 56 - 2ª 1ª

08014-Barcelona

ESPAÑA

No sólo por la calidad o por la variedad de los géneros que abarca —cuentos, teatro o artículos— el barcelonés **JULIÁN GUSTEMS** demuestra narrándonos, su innata condición de escritor, laborioso pero cómodo tramando la creación; agudo y dinámico con un estilo peculiar y atrapante.

Su producción, que también comprende poesías, ha sido publicada en varios países fuera de España y traducida a otros idiomas. Él a su vez ha traducido a escritores de nuestra lengua al hermoso idioma catalán.

Chispeante y de abundantes contenidos estos graciosos relatos tienen la ironía indulgente de un excelente buceador del alma humana.

Correspondencia con el autor:

Santa Catalina 56 - 2ª 1ª
08014 - Barcelona - España

Recientemente publicamos a los escritores:

EUGENIO CÉSAR BARGIELA	CARMEN GARBARINO
EMILIO COMAS PARET	JOSEFINA LICITRA
TERESA CARMEN FREDA	VICTORIA de LORENZO
CARMEN HEBE TANCO	

Director de la colección:

CARLOS PENSA

Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"
1193-Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 88-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

24

todo es **Cuento**®

y

julián
Gustems

coleccionable

Abril de 1995

j. G.